

**L**A montaña parió un ratón, dicen unos; otros piensan que se trata, una vez más, de un ataque a la clase trabajadora ("L'Humanité", CGT, CFTD, etc.) mientras que los progubernamentales opinan que el plan contra la inflación presentado por Raymond Barre es serio, razonable y, en definitiva, clásico. Todo dependerá, dice el diario de la alta finanza, "Les Echos", de su efecto psicológico.

No debe haber, en efecto, mil maneras de resolver una crisis económica en un sistema capitalista, y tal vez por ello el plan Barre, preparado con misterioso suspense, mucho se asemeja al que estableciera el actual Presidente de la República en 1972, cuando era ministro de Finanzas. Se recuerda aquí que el plan no puede tomarse como modelo, puesto que no logró frenar la inflación.

Para conseguir antes de fin de año los trece mil millones de francos (unos doscientos mil millones de pesetas) el plan antiinflación prevé una serie de medidas que repercutirán de forma grave en los presupuestos de las clases medias y bajas:

- aumento de los impuestos directos, entre 4 y 8 por 100, según los salarios; aumento de 4 por 100 de los impuestos de las empresas;
- congelación de salarios durante tres meses;

- congelación de las tarifas de los transportes públicos hasta el mes de abril de 1977, y limitación al 6,50 por 100 del alza anual de las tarifas públicas;

- aumento de la patente del automóvil, entre 43 y 127 por 100, según el cilindraje;

- aumento de los carburantes, en especial la gasolina (normal y super), que suben un 15 por 100.

Como es de suponer, los sindicatos y los partidos de la oposición rechazan el plan Barre, y sólo lo encuentran aceptable los grandes empresarios y los beneficiados por salarios elevados.

### La "austeridad negociada"

Raymond Barre conocía de antemano las dificultades que le esperaban, pero este hombre modesto (tanto, que no parece cierto), que ha sido comparado a Pinay y a Mendès Frances (y que como ellos puede esperar —sin quererlo, evidentemente— un destino nacional), parece dichoso en las tormentas. De todas formas, ha tenido que forzar su placidez y se ha visto obligado a presentar, una semana antes de lo previsto, su plan económico y financiero.

Todo depende ahora de la actitud de los sindicatos. El primer ministro los había recibido durante la preparación del proyecto, más para escuchar sus quejas que para recabar sus opiniones. Quería también obtener de la aceptación de una "austeridad negociada", que le fue negada por Georges Seguy (CGT) y Edmond Maire (CFDT) y tácitamente otorgada por FO, sindicato de orientación socialista. Los sindicatos refractarios exigían una reestructuración a fondo de la sociedad francesa, combatiendo las injusticias sociales, reduciendo las diferencias salariales. Hubiera querido también el primer ministro estimular la competencia en los sistemas de distribución, es decir, permitir la implantación de grandes supermercados en detrimento de los pequeños comerciantes, pero se encontró con la oposición de éstos y con la famosa "ley Royer", que les favorece demagógicamente. Entre

Hay quien dice que Giscard está trabajando en este sentido para otros; que podrá desde su cargo hacer y deshacer alianzas basadas en prebendas y ambiciones, pero que nunca logrará labrarse esa imagen sólida y serena indispensable a todo monarca, la imagen del padre casi todopoderoso que tenía De Gaulle y, en cierta medida, Pompidou. Por esto sus ministros corren el peligro de hacerle sombra.

Jacques Chirac fue víctima de esto, unido, claro está, a sus confesadas ambiciones. Y ahora el aspirante a Presidente ha visto que el escenario de la derecha quedaba vacío, con riesgo tanto para él como para la burguesía francesa. Decidió adelantar su regreso político con una declaración sorprendente. En primer lugar, se sitúa exactamente en el mismo plano que Giscard, "por encima de los partidos" haciendo un llamamiento "a todas

no, a pesar de los lauros que recíprocamente se habían dedicado. Lo cierto es que con el plan Barre, Giscard cree haber colocado a Mitterrand en una situación delicada; o bien unirse definitivamente con los comunistas en una lucha sin cuartel contra el Gobierno, o bien una vez pasada la primera impresión aceptar las medidas destinadas a reducir las "desigualdades".

De todas formas, repito, la lucha se produce ahora dentro de la mayoría gubernamental. Y un episodio de esta lucha muy bien puede ser el "affaire" Dassault.

Se trata, en pocas palabras, de un pequeño Watergate, o mejor, de un Lockheed a la francesa; es decir, con sus inevitables complicaciones de faldas y de triángulos: M. de Vathaire, apoderado de Marcel Dassault, el célebre constructor de los Mirages y diputado gaullista, se esfumó hace meses con ocho millones de francos de la empresa. Se supo después que este probo funcionario había descubierto a los cuarenta años bien sonados, las delicias del mundo y de la carne gracias a la frecuentación de un ex OAS, ex legionario, ex mercenario y "consejero" de los falangistas libaneses, llamado Jean Key. Ahora ha vuelto a aparecer, acusando a Dassault de haber cometido fraudes fiscales y de haber financiado la propaganda en favor de Chirac. La Policía reveló todo esto horas antes de la dimisión de Chirac como primer ministro, lo que "Le Monde" considera como "una coincidencia sorprendente".

Todo esto revela la dificultad que tiene la burguesía francesa para resolver la crisis económica y, sobre todo, el temor a las elecciones de 1978, que pueden llevar a la izquierda al poder. No es un problema de hombres, sino de tácticas opuestas, pero que persiguen el mismo fin. Giscard d'Estaing, sostenido por una parte del empresariado, cree en la reactivación económica. Sitúa su victoria en 1978, en las elecciones legislativas; gracias al éxito del plan antiinflacionista podría otorgar ciertas ventajas a las capas sociales electoralmente seguras (ancianos, familias numerosas, pequeños comerciantes y agricultores), mientras que Chirac no creía en el milagro económico, y menos aún ahora, en el plan Barre. Su táctica era sencilla: provocar elecciones anticipadas, movilizándolo al "partido del miedo" con temas como el del "colectivismo" o creando, incluso, alguna tensión social. Ahora, desde fuera del Gobierno, no es nada seguro que haya renunciado a este proyecto. ■

RAMON CHAO

## Francia.

# El plan Barre, como el de Giscard

todos estos fuegos e intereses, Raymond Barre se encuentra en la cuerda floja.

### Y en esto llegó Chirac

Tanto más cuanto que el clima político entre la mayoría gubernamental deja mucho de ser perfecto en la UDR. La política de Giscard, destinada a desarticular el movimiento gaullista está dando sus frutos. Ya ha conseguido enfrentar a los "barones" (Guichard, Chaban-Delmas) con los "jeunes loups"; los cristianocentristas de Jean Lecanuet lloran amargamente —otra cosa no pueden hacer— por la ingratitud del Presidente, que prefiere, piensan, a los francmasones radicales. Todo ello para desembarazarse de la influencia de los partidos, para forzar la "presidencialización" del sistema francés —una especie de república monárquica que el cartesianismo muy bien pudiera conciliar.

las fuerzas que luchan por la democracia". Declara que Giscard se ha equivocado, porque "es inútil esperar una división de nuestros adversarios" y recalca que en agosto dimitió de su cargo —y no lo despidió Giscard— tras una serena reflexión.

### Lucha de clanes y el "affaire" Dassault

Mientras tanto la izquierda observa con regocijo y pasmo los arreglos de cuentas de la mayoría. Lo hace también con un ejemplar sentido de la unidad. Cosa inimaginable hace meses, François Mitterrand ha podido decir que la predominancia del Partido Socialista en la unión de la izquierda era un factor indispensable para la democracia, sin que Georges Marchais le contestara como solía hacerlo. No es el mejor momento, en efecto, de complicar la vida al líder socialista. No es que Mitterrand haya lamentado la salida de Chirac del Gobier-